

Mundo hermético



Víctor Manuel Gutiérrez Caballero

Primer movimiento.-

Cuando yo nací, los ecos aún no habían aprendido a ser escuchados y la música se intuía a través del sentimiento. Revoloteaban las sensaciones inapreciables de la vida y, en lo más audaz del universo, se formaban los destellos de la mañana. Emanaban las voces insatisfechas y se recalcaba el humeante vagar de los gritos inciertos. Comenzaban a florecer los primeros síntomas de la curiosidad y el ánimo, avanzaba pausadamente entre cortinas de luces y agua, entre el rugir armonioso de los sollozos. Las moléculas ya no eran fenómenos independientes, sino que estaban agrupadas por lazos invisibles. Había demasiadas moléculas que no respetaban las inquietudes... Por esa época nací yo, entre algodones de espuma y grandes globos de fecundidad, recubierto de ecos profundos y silencios eternos. Mi caminar fue incierto en los primeros pasos, pero algo en mi interior me empujaba hacia lo más significativo de las cosas. Siempre rodeado de futuras inversiones y vagas estrellas de plenitud... Me calmaba cuando escuchaba, azarosamente, el delicado entusiasmo que surgía al levantar al alba. Aún puedo recordar los dulces ritmos de mi ser, envuelto entre vientos nuevos. Pronto comencé a caminar por los senderos del pensamiento y a reflejar mi aliento en lo más profundo de la noche. Cada paso, suponía una nueva imagen de mi mundo anterior, pero ni siquiera suspiré al mirar hacia atrás; tan solo me interesaba cada paso inédito... También puedo recordar como, sin darme cuenta, aceleraba mi reducido ambular. A veces dudaba de poder dar el siguiente impulso, sobre todo, cuando me sentía influenciado por normas ajenas a mi ser. Era entonces, cuando mi esencia no funcionaba y ni siquiera andaba para abrir los párpados... Mis palpitaciones germinaban, con un mutismo asombroso, ante cualquier novedad tangible. No obstante, el disponer de ciertos alicientes, suponía un imperioso culto latente hacia las alucinaciones no previstas, las cuales me sorprendían mágicamente con su peculiar forma de seducir mis pensamientos, envolviéndolos una candidez amorfa... entonces me sentía flotar sobre un mórbido pudor que parecía descorrer los cerrojos de senderos, aún cerrados a mi instinto, con una sutil delicadeza.

Segundo movimiento.-

Yo no tenía derecho a las situaciones forzadas, pero, de vez en cuando, me sentía atraído por los incesantes galopes que intuía más allá del horizonte, tras la penumbra insaciable de los misterios. Mi imagen dejaba mucho que desear para los cambios incoherentes de mis sentimientos y acompasaba mi desarrollo con armoniosas dotaciones del exterior, inadecuado para mis pretensiones. Me sentía obligado a permanecer entre criterios legendarios, condensados en mi restringido campo substancial, sin que las acciones de los organismos externos pudieran conjurar contra mi metódica y dilatada progresión. Eran muchos los factores que atenuaban cualquier tipo de interferencias... Lo cierto es que nunca sentí la más mínima curiosidad por mi aspecto personal. Estaba más interesado en las variedades cromáticas y en las alternativas que me ofrecía el reino de los sueños. Los castillos iban desmoronándose a mi alrededor, mientras los guerreros acudían en torno a la hoguera para arrojar sus íntimas armas, quemando la ira insustancial que emanaba como una cosa inoportuna... Seguían avanzando los colores hacia mis ojos... de forma que confundía los azules con el mar y los rojos se evaporaban hacia el sol. Comenzaban a brotar, de forma machacona y dominante los hábitos de belleza, escondida en fundas de ásperos movimientos. Hubo momentos de sentirme bien, hasta el punto de frotar entre mis sentimientos para lograr una señal de plenitud... Tan pronto se apagan los sollozos que las risas, aún se mezclaban con los gemidos internos, sin poder evitar una cierta jocosidad que no tardaba en llegar. Poco después, pude adivinar que, no solamente, podía interponerme a las situaciones deformes, sino que podía imaginarlas como esculturas de bronce y arena derramadas sobre influjos a mi convivencia, aunque tan solo fuera permitido por los sentidos. Llegó el tiempo de las palabras incoherentes, de denominaciones aún más absurdas que llegaron a confundir mis pensamientos. Pero, detrás de todo, seguía bajo los mismos criterios, los fecundados en mi instinto natural... Había que volver de nuevo, al lugar exacto de los acontecimientos, para definirlos de forma visual, pero tan sólo podía imaginar los recortes de viejas sensaciones producidas en situaciones poco efímeras. Debía poner

toda mi atención para recopilar los cantos astrales que iban acumulándose en torno a mis percepciones, aún no desarrolladas los suficientes como para poder apreciar el lirismo de una voz impotente.

Tercer movimiento.-

Los ritos intentaban fortificar su potestad, con una cierta repulsión hacia las ilusiones desplomadas. Pero en mi interior, existían ciertas desavenencias hacia los cultos inmolados y no por propia casualidad... A fuerza de remolcar tradiciones, me sentía saturado de la sombra que sobre mí, enderezaba la carencia de ciertas pruebas repletas de hipótesis confirmadas y fidedignas. Mi única obsesión era atesorar los momentos más imperecederos, disfrutando de la serenidad de un momento efímero y aboliendo las formas insubstanciales que se excedían de mi responsabilidad... Eran fluidos aterciopelados, los que hacían omitir cualquier mutismo incoherente. Nunca llegué a sentirme verdaderamente impresionado por el misticismo austero. En cambio, me consideraba un perfecto sibarita de las emociones más sensuales... Hubo momentos de sobresaltos, en la estrechez de mi conocimiento y trataba de hacer distante, la garantía de un juicioso y complementario sometimiento... La ingravidez de mi universo, se volatilizaba en eternos momentos. En la más pura sencillez, me engalanaba de ráfagas preñadas de sollozos prematuros, poniendo de manifiesto las bucólicas aspiraciones de asustadizo guerrero. Era una muestra palpable del esnobismo más renovado. Mi oxidada vanidad, intentaba deshidratar los latidos más nobles, mientras, la inactividad manual, encubría las ternuras del movimiento... Sentía cierto vacío, cuando evaluaba las variables de la realidad. Prematuramente, era admisible una brizna de rubor en mi adolescencia, provocando variadas muestras de un amanecer incondicional e inseparable.

Cuarto y último movimiento.-

Bastaban unos segundos, para hacer nuevas innovaciones en los ejercicios adquiridos. Cada vez, eran nuevas formas de comportamiento ante las lecciones digeridas, pero siempre terminaba respirando las mismas alusiones. Ese atardecer, en el momento exacto de la imaginación, pude descubrir los sentidos más profundos que parecían no satisfacer a mis esporádicos deseos... Allí, tumbado entre aromas de flores y alucinados insectos, podía intuir los más certeros estremecimientos de la calma revoloteando en mi interior. En el exterior, comenzaba la sintonía entre notas de lluvia y ritos evaporados. Esa tarde era otro tiempo, un destello caído en el adormecer de mis propósitos, era una de tantas conjeturas esparcidas por los confines de la memoria, haciendo expansivos los criterios más tangibles... La lluvia comenzaba su propio prelude acompañado de los movimientos orquestales y del influjo de la luna, que se intuís tras las cortinas de agua. El persistente palpitar de las notas, modulaba, dulcemente, la melodía dogmática que insertaba, de forma sinuosa, el florecimiento de la esencia... habían aparecido muestras, de lo que más tarde sería el reconocimiento eterno del llanto corpóreo y, aunque las limitaciones eran insinuantes, me sentía tan cerca de la ilusión, que mis labios intuían el esbozo de la sonrisa. Era necesario no descomparar el tiempo entre la lluvia, mientras mis manos, eran atraídas por los caminos del agua, dibujando siluetas inapreciables con la brisa... Se apoderaron de mí nuevos cantos mágicos que, haciendo alusión a las formas más imperecederas de la realidad, me envolvía de un cierto misticismo extrasensorial, elevado mi calma, hacia lo más profundo del universo. Hubo momentos en los que me sentía flotando entre las más delicadas vibraciones cósmicas, repletas de imágenes vitalizantes, en concierto con determinadas articulaciones en espiral, como si fuera un corcel adormecido entre los vínculos más fértiles... Era entonces, cuando los océanos orgánicos levantaban olas y los rayos de sol proyectaban caricias. Cuando los torbellinos de estrellas susurraban, tras las nebulosas indefinidas y los vientos astrales cantaban, tras las esquinas del universo... Recuerdo mi abnegación benévola por alcanzar los confines de la sabiduría

en su grado más fugaz, llegando a palpar los límites del nirvana, aunque tan solo fuera por un breve espacio de tiempo. Notaba como se forjaba las esencias más tiernas y admitía los encantos que me otorgaba la nada... mi mundo hermético llegó a rozar la perfección, pero yo hubiera preferido estar un segundo vivo, fuera de mis sentidos.

Mundo hermético



Víctor Manuel Gutiérrez Caballero

Primer movimiento.-

Cuando yo nací, los ecos aún no habían aprendido a ser escuchados y la música se intuía a través del sentimiento. Revoloteaban las sensaciones inapreciables de la vida y, en lo más audaz del universo, se formaban los destellos de la mañana. Emanaban las voces insatisfechas y se recalcaba el humeante vagar de los gritos inciertos. Comenzaban a florecer los primeros síntomas de la curiosidad y el ánimo, avanzaba pausadamente entre cortinas de luces y agua, entre el rugir armonioso de los sollozos. Las moléculas ya no eran fenómenos independientes, sino que estaban agrupadas por lazos invisibles. Había demasiadas moléculas que no respetaban las inquietudes... Por esa época nací yo, entre algodones de espuma y grandes globos de fecundidad, recubierto de ecos profundos y silencios eternos. Mi caminar fue incierto en los primeros pasos, pero algo en mi interior me empujaba hacia lo más significativo de las cosas. Siempre rodeado de futuras inversiones y vagas estrellas de plenitud... Me calmaba cuando escuchaba, azarosamente, el delicado entusiasmo que surgía al levantar al alba. Aún puedo recordar los dulces ritmos de mi ser, envuelto entre vientos nuevos. Pronto comencé a caminar por los senderos del pensamiento y a reflejar mi aliento en lo más profundo de la noche. Cada paso, suponía una nueva imagen de mi mundo anterior, pero ni siquiera suspiré al mirar hacia atrás; tan solo me interesaba cada paso inédito... También puedo recordar como, sin darme cuenta, aceleraba mi reducido ambular. A veces dudaba de poder dar el siguiente impulso, sobre todo, cuando me sentía influenciado por normas ajenas a mi ser. Era entonces, cuando mi esencia no funcionaba y ni siquiera andaba para abrir los párpados... Mis palpitaciones germinaban, con un mutismo asombroso, ante cualquier novedad tangible. No obstante, el disponer de ciertos alicientes, suponía un imperioso culto latente hacia las alucinaciones no previstas, las cuales me sorprendían mágicamente con su peculiar forma de seducir mis pensamientos, envolviéndolos una candidez amorfa... entonces me sentía flotar sobre un mórbido pudor que parecía descorrer los cerrojos de senderos, aún cerrados a mi instinto, con una sutil delicadeza.

Segundo movimiento.-

Yo no tenía derecho a las situaciones forzadas, pero, de vez en cuando, me sentía atraído por los incesantes galopes que intuía más allá del horizonte, tras la penumbra insaciable de los misterios. Mi imagen dejaba mucho que desear para los cambios incoherentes de mis sentimientos y acompasaba mi desarrollo con armoniosas dotaciones del exterior, inadecuado para mis pretensiones. Me sentía obligado a permanecer entre criterios legendarios, condensados en mi restringido campo substancial, sin que las acciones de los organismos externos pudieran conjurar contra mi metódica y dilatada progresión. Eran muchos los factores que atenuaban cualquier tipo de interferencias... Lo cierto es que nunca sentí la más mínima curiosidad por mi aspecto personal. Estaba más interesado en las variedades cromáticas y en las alternativas que me ofrecía el reino de los sueños. Los castillos iban desmoronándose a mi alrededor, mientras los guerreros acudían en torno a la hoguera para arrojar sus íntimas armas, quemando la ira insustancial que emanaba como una cosa inoportuna... Seguían avanzando los colores hacia mis ojos... de forma que confundía los azules con el mar y los rojos se evaporaban hacia el sol. Comenzaban a brotar, de forma machacona y dominante los hábitos de belleza, escondida en fundas de ásperos movimientos. Hubo momentos de sentirme bien, hasta el punto de frotar entre mis sentimientos para lograr una señal de plenitud... Tan pronto se apagan los sollozos que las risas, aún se mezclaban con los gemidos internos, sin poder evitar una cierta jocosidad que no tardaba en llegar. Poco después, pude adivinar que, no solamente, podía interponerme a las situaciones deformes, sino que podía imaginarlas como esculturas de bronce y arena derramadas sobre influjos a mi convivencia, aunque tan solo fuera permitido por los sentidos. Llegó el tiempo de las palabras incoherentes, de denominaciones aún más absurdas que llegaron a confundir mis pensamientos. Pero, detrás de todo, seguía bajo los mismos criterios, los fecundados en mi instinto natural... Había que volver de nuevo, al lugar exacto de los acontecimientos, para definirlos de forma visual, pero tan sólo podía imaginar los recortes de viejas sensaciones producidas en situaciones poco efímeras. Debía poner

toda mi atención para recopilar los cantos astrales que iban acumulándose en torno a mis percepciones, aún no desarrolladas los suficientes como para poder apreciar el lirismo de una voz impotente.

Tercer movimiento.-

Los ritos intentaban fortificar su potestad, con una cierta repulsión hacia las ilusiones desplomadas. Pero en mi interior, existían ciertas desavenencias hacia los cultos inmolados y no por propia casualidad... A fuerza de remolcar tradiciones, me sentía saturado de la sombra que sobre mí, enderezaba la carencia de ciertas pruebas repletas de hipótesis confirmadas y fidedignas. Mi única obsesión era atesorar los momentos más imperecederos, disfrutando de la serenidad de un momento efímero y aboliendo las formas insubstanciales que se excedían de mi responsabilidad... Eran fluidos aterciopelados, los que hacían omitir cualquier mutismo incoherente. Nunca llegué a sentirme verdaderamente impresionado por el misticismo austero. En cambio, me consideraba un perfecto sibarita de las emociones más sensuales... Hubo momentos de sobresaltos, en la estrechez de mi conocimiento y trataba de hacer distante, la garantía de un juicioso y complementario sometimiento... La ingravidez de mi universo, se volatilizaba en eternos momentos. En la más pura sencillez, me engalanaba de ráfagas preñadas de sollozos prematuros, poniendo de manifiesto las bucólicas aspiraciones de asustadizo guerrero. Era una muestra palpable del esnobismo más renovado. Mi oxidada vanidad, intentaba deshidratar los latidos más nobles, mientras, la inactividad manual, encubría las ternuras del movimiento... Sentía cierto vacío, cuando evaluaba las variables de la realidad. Prematuramente, era admisible una brizna de rubor en mi adolescencia, provocando variadas muestras de un amanecer incondicional e inseparable.

Cuarto y último movimiento.-

Bastaban unos segundos, para hacer nuevas innovaciones en los ejercicios adquiridos. Cada vez, eran nuevas formas de comportamiento ante las lecciones digeridas, pero siempre terminaba respirando las mismas alusiones. Ese atardecer, en el momento exacto de la imaginación, pude descubrir los sentidos más profundos que parecían no satisfacer a mis esporádicos deseos... Allí, tumbado entre aromas de flores y alucinados insectos, podía intuir los más certeros estremecimientos de la calma revoloteando en mi interior. En el exterior, comenzaba la sintonía entre notas de lluvia y ritos evaporados. Esa tarde era otro tiempo, un destello caído en el adormecer de mis propósitos, era una de tantas conjeturas esparcidas por los confines de la memoria, haciendo expansivos los criterios más tangibles... La lluvia comenzaba su propio prelude acompañado de los movimientos orquestales y del influjo de la luna, que se intuís tras las cortinas de agua. El persistente palpitar de las notas, modulaba, dulcemente, la melodía dogmática que insertaba, de forma sinuosa, el florecimiento de la esencia... habían aparecido muestras, de lo que más tarde sería el reconocimiento eterno del llanto corpóreo y, aunque las limitaciones eran insinuantes, me sentía tan cerca de la ilusión, que mis labios intuían el esbozo de la sonrisa. Era necesario no descomparar el tiempo entre la lluvia, mientras mis manos, eran atraídas por los caminos del agua, dibujando siluetas inapreciables con la brisa... Se apoderaron de mí nuevos cantos mágicos que, haciendo alusión a las formas más imperecederas de la realidad, me envolvía de un cierto misticismo extrasensorial, elevado mi calma, hacia lo más profundo del universo. Hubo momentos en los que me sentía flotando entre las más delicadas vibraciones cósmicas, repletas de imágenes vitalizantes, en concierto con determinadas articulaciones en espiral, como si fuera un corcel adormecido entre los vínculos más fértiles... Era entonces, cuando los océanos orgánicos levantaban olas y los rayos de sol proyectaban caricias. Cuando los torbellinos de estrellas susurraban, tras las nebulosas indefinidas y los vientos astrales cantaban, tras las esquinas del universo... Recuerdo mi abnegación benévola por alcanzar los confines de la sabiduría

en su grado más fugaz, llegando a palpar los límites del nirvana, aunque tan solo fuera por un breve espacio de tiempo. Notaba como se forjaba las esencias más tiernas y admitía los encantos que me otorgaba la nada... mi mundo hermético llegó a rozar la perfección, pero yo hubiera preferido estar un segundo vivo, fuera de mis sentidos.